pondría la consecuencia que sería hacer en Italia (1) lo qu se hace en otros países por los verdaderos católicos, los cuales resueltamente se mantienen lejos de tales espectáculos.

Finalmente, puede una diversión, aunque no reprobable en sí misma, llegar á ser para alguno en particular, ocasión próxima de pecado y así, para un joven puede ser peligroso un baile, para otro un teatro, y para un tercero una tertulia, á causa de alguna persona que la frecuente. Si este peligro es tal, que quien á él se expone cae frecuentemente en falta, ¿qué duda puede haber de que para él sea precisamente lo que los Doctores llaman ocasión próxima de pecado y que de consiguiente tenga el estricto deber de alejarse de aquél, cuando está en su mano? que á tanto se extiende sin duda, la obligación que tenemos de no ofender al Señor. Lo dicho hasta aquí, responde, de algún modo, á la pregunta que se nos hace; resta sólo que vosotros, con fortaleza, y á la vez con prudencia, lo apliquéis á los diversos casos que se presenten, y si os parecen demasiadas tantas precauciones, recordad que hasta un gentil decía: que el placer es como una serpiente, que tratada sin mucho cuidado, causa la muerte con su veneno.

---

(1) Y en México para donde parecen expresamente escritas estas líneas: tan semejante es por desgracia el estado de nuestras costumbres con el que de tan magistral manera pinta el autor.— (Nota del T.)

V

Estas precauciones, necesarias siempre, lo son aun más en dos épocas determinadas: en el carnaval, durante el cual el libertinaje se reputa lícito, por inveterada costumbre introducida, según creo, por el espíritu infernal que tantas ventajas saca de él. Pero si todavía somos cristianos, si todavía tememos á Dios y creemos un deber amarlo sobre todas las cosas, voostros decidiréis si debe soltarse todo freno á las pasiones y exponer á todo género de pruebas á la juventud, ó si, por el contrario, hay que redoblar el celo para impedir su ruina. La otra época es la de las fiestas campestres, en que la mayor libertad del campo deja á veces demasiada libertad á los corazones. Mirad, pues, con mucho cuidado á quién invitáis para ir con vosotros á esos pasatiempos del Otoño, ó con quién los tomáis. La antigua serpiente tiene la costumbre de esconderse entre la yerba y las flores y más de una ocasión han presenciado los valles, las colinas, los bosques y las amenas campiñas, los ataques á la inocencia y aun la pérdida de ésta. Quede, pues, establecido, que no permitiréis que ninguno se familiarize con vuestros hijos, y mucho menos con las niñas: que cuando vayan á una diversión, no se alejen éstas de vosotros para irse á chancear con los amigos de la casa; que esté á mil leguas de distancia esa familiaridad de modales, que hoy parece una costumbre imposible de desterrar y si alguno os tacha de rústico y descortés por tantos temores y precauciones, de-

cidles: que solamente á los lobos puede incomodar el ladrido de los fieles perros y la solícita vigilancia de los pastores.

VI

A lo dicho hasta aquí respecto de las diversiones, se opone una objeción formidable que casi lo destruye. ¿No veis, dicen, que no tienen tantos escrúpulos esas señoras que en la ciudad son tenidas como modelos de cristianas, que pertenecen á todas las cofradías, que frecuentan la comunión y aun la hacen diariamente? Ellas van al teatro, se presentan en los bailes, se visten como lo exige la moda en tales reuniones, sin tener á veces dificultad en asistir á ellas en la misma cuaresma ó en enviar á otras personas las llaves de sus palcos á fin de que no permanezcan cerrados; ¿queréis ó pretendéis, por ventura, que todas esas señoras estén en el error?

Una sola palabra bastará como respuesta. Que haya en el mundo quien se engañe en las cosas de la Religión, lo advirtió ya Jesucristo cuando dijo: que "no todo el que diga Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de su Padre." **Non ominis qui dixerit mihi, Domine, Domine intrabit in regnum caelorum sed qui fecerit voluntatem Patris mei.** (1) En efecto, hay algunos que aceptan el Cristianismo, pero eso sí, á beneficio de inventario: lo que exige guerra á las pasiones, abnegación propia, odio y alejamiento del mundo, mortificación de la carne, no lo aceptan; pero en cambio, admiten todo aquello que no les cuesta tanto, como las prácticas externas, esto es, concurrir á los templos, frecuentar los sacramentos, recibir bendiciones y otras por el estilo, sucediendo, muy á menudo, que ciertas señoras, sobre todo, cuanto más se engolfan en el lujo, en el amor del mundo, en la vanidad y en las diversiones, tanto más se apegan á ciertas prácticas religiosas, pues quieren, antes de engañar á los demás, engañarse á sí mismas, pesuadiéndose de que son profundamente piadosas. Y sin embargo, es inconcuso que, por más que hagan y digan, llegarán á engañar al mundo, pero no lo conseguirán con Jesucristo, á cuyos ojos no son otra cosa que vasos de iniquidad, sepulcros blanqueados y llenos de podredumbre, como dice el Evangelio. Dios quiere, sin duda, el ejercicio exterior de la Religión; pero no como máscara de un corazón mundano y corrompido, sino como un efecto del espíritu interior y un medio para facilitar la victoria contra las pasiones; no como su salvoconducto. Y en verdad ¿quien puede creer que en obsequio de ellas quiera Jesucristo destruir sus enseñanzas, cuando con ellas declaró que el mundo es todo avaricia, soberbia, carnalidad y malicia: cuando protestó que el mundo tiene como príncipe al demonio y lo excluyó hasta de sus plegarias? quién puede creer que sea su ánimo favorecer los deleites de la carne, cuyo amor declaró ser la muerte y la que á toda costa quiso que fuese por nos-

(1) S. Mat. VII, 21.

otros crucificada, con todos sus vicios y concupiscencias? No, no cederá en un ápice y juzgará á esas infelices por lo que realmente son como grandísimas pecadoras y aun hará más, que es pedirles cuenta del grave escándalo que han dado, ya que, habiéndose hecho pasar como modelos de virtud, autorizaron con su ejemplo un sistema de vida tan contrario al Evangelio, puesto que cuando llevan una vida mundana personas entregadas al vicio y separadas de la Iglesia, aquel no resulta autorizado, pero cuando se trata de personas que se ocultan tras de la máscara de la piedad el ejemplo llega á ser mortal, y de aquí que, así como es más grave su culpa, así será también mayor su castigo. Pero el colmo de su desgracia es que no hay muchas esperanzas de que estas vuelvan sobre sus pasos, porque esa hipocresía, con que siempre se han fingido buenas, las ciega hasta la última hora, cumpliéndose en ellas la sentencia divina: de que la esperanza del hipócrita perecerá **Spes hypocritae peribit.** No os dejéis, por consiguiente, alucinar con las apariencias de piedad que veáis en ellas; no os engañen sus confesiones y frecuentes comuniones, pues el cielo y la tierra pasarán, pero no la palabra de Dios.

VII

Habiendo hablado de las diversiones, falta decir alguna palabra de una cosa que en parte es recreación y en parte puede ser una necesidad: me refiero á los

baños de mar, á los que, de algunos años á esta parte, acuden con tanto afán los caballeros en la estación del verano. (1)

VIII.

A lo expuesto hasta aquí se objeta por muchos: "que los jóvenes deben ver, deben sentir, deben conocer el mundo desde temprano, á fin de no ser después víctimas de su perfidia; que, por consiguiente, no es malo que lean ciertos libros, que se les lleve á los espectáculos públicos y que, con cierta libertad de conversar, aprendan anticipadamente á conocerlo." Mucho se han generalizado y puesto en moda estas nuevas máximas de moral; mas precisamente porque son nuevas, deben ser para nosotros no poco sospechosas. Empero, como los que las propagan y los que las admiten se dan, al hacerlo, aires de filósofos y piden razones, permitid que señale yo, por lo menos, algunas, aunque sea de paso, que demuestran todo lo con-

---

(1) No existiendo entre nosotros esa costumbre por no haber puntos balnearios, nos ha parecido conveniente suprimir esta parte de la obra, en que el autor patentiza los desórdenes que hay en esos lugares, contentándonos con remitir á lo que dice Ciercia en su opúsculo titulado "¿Quién se salva?" á los que pudieran necesitar mayor instrucción en este punto, ya sea porque tengan que viajar por Europa ó los Estados Unidos del Norte, ya porque algún día lleguen á introducirse en nuestra patria los baños de mar. (N. del T.)

trario. "Deben conocer el mundo," dicen ellos; pues esto no es generalmente cierto: no es de fe que todos los jóvenes deban llegar á adultos, cuando vemos que el mayor número no alcanza á esa edad. ¿Qué gran mal habría, pues, en que hubieran atravesado este miserable mundo sin conocerlo, llevando al otro la estola de la inocencia? Además, muchos jóvenes y niñas se consagran al estado religioso y también éstos, si no conocen el mundo, tendrán la gran ventaja de no necesitar jamás ni siquiera combatir contra los fantasmas de la culpa y aún á los que hayan de permanecer en el mundo, ¿qué may les resultaría de que lo conocieran solo hasta el día en que así lo exigiese el deber de su propio estado?

Este es también el camino por el cual muchas almas, aun en medio del mundo, logran llevar al sepulcro la inocencia bautismal. Es, pues, falso generalmente hablando, que haya esta grande necesidad de conocer el mundo. Pero, supongamos que en algún caso particular pueda ser útil este conocimiento; ¿creéis que lo será en los primeros años de la juventud? Dos razones poderosísimas persuaden de que, por el contrario, será sumamente perjudicial: el conocimiento del mundo, adquirido en esa edad, no puede dejar de andar acompañado de una fuerte inclinación á cometer el mal conocido y á la vez que esta tentación es en sí muy violenta, sobreviene en una edad en que el alma no está absolutamente preparada ni sostenida, resultando de aquí que no pueda menos de contraer hábitos de culpa grave. En efecto, los libros que hacen conocer el mundo, como decís, no son ya libros que lo re-

presenten bajo aquel horrible aspecto, que es el propio y verdadero, sino que pintan las pasiones con los colores más atractivos y con las imágenes más lisonjeras, inspirando un fuerte amor hacia él. Las conversaciones en que se conoce el mundo no son las de un Pacomio, de un Antonio, ni de un Hilarión, que muestran los lazos tendidos por el demonio para perder á las almas, sino que son discursos que, como jugando, aprueban lo malo, y mofándose, hieren todas las fibras más delicadas del corazón humano. Los teatros y los espectáculos, que hacen conocer el mundo, no lo pintan ciertamente culpable y criminal, como es, sino que lo describen amable y delicioso, lo bastante para atraer á un corazón carnal. Los bailes, aunque fueran entre niños, no se verifican entre estatuas inanimadas y privadas de sentidos, sino entre jóvenes fogosísimos, que traen consigo, desde que nacen, inclinaciones peligrosas; de lo que resulta que este conocimiento del mundo, tan lejos está de preservar de la culpa, que antes bien se convierte en un incentivo eficasísimo para cometerla. El engaño de los que refutamos consiste, pues, en pretender que pueda conocerse el mal, sin verse sin embargo tentados á perpetrarlo; pero este conocimiento, que se encierra todo en el entendimiento, puede tener lugar muy bien entre los ángeles porque no tienen cuerpo, mas entre los hombres, el imaginarlo es desconocer por completo la naturaleza humana. Añádase que cuando se coonzca el mundo, desde la primera edad, será una especie de milagro, defenderse de él y resistirle, porque sobre no ser

mucho el discurso en ella, es en cambio muy fuerte el amor al placer y quien no es aún capaz de los deleites del espíritu, se arroja más hambriento á los de los sentidos, sin que puedan contenerlo ni la razón, porque ésta tiene cortas todavía las alas, ni la experiencia con sus desengaños, porque no existe, ni los hábitos buenos de la virtud, porque no se han adquirido todavía y ni siquiera la fe, con la fuerza diivna de sus máximas, porque no están estas aun bastantemente arraigadas y robustecidas. ¿Qué resulta, pues, de esto? Resulta y nótese bien: que ese conocimiento prematuro del mundo se convierte en estímulo poderoso de la culpa, en principio funesto de malos hábitos, y en augurio fatal de condenación. La inocencia en los niños es poco más que la ignorancia; quítese ésta y aquella también desaparece. Ateneos, pues, si amáis á vuestros hijos, al antiguo sistema de precauciones y no queráis, en sus almas, hacer una triste experiencia con el nuevo.

CAPITULO XIV

DEL EJEMPLO DE LA CORRECCION Y DEL CASTIGO.

Medios para la buena educación: oración. — Buen ejemplo. — Huir del mal ejemplo.—Corrección.—Castigo y su necesidad.—Qué faltas deben castigarse.—Continúa el mismo argumento.—Cuáles son las penas que deben imponerse á los niños y cuáles á los mayorcitos.—Una objeción contra lo expuesto.

I

Hasta aquí hemos tratado de la fe, de las buenas costumbres de la juventud y de los peligros que hay para ambas y señalado también las precauciones que puedan de alguna manera afirmar una y otra. Deseo ahora sugeriros algunos medios más generales, que facilitan en los corazones juveniles, el nacimiento de la piedad, tan útil para todo, según lo demuestra la experiencia, no menos que la fe. Cierto es que ellos requerirían un tratado más amplio de lo que puede ser el presente, el cual no es otra cosa que una serie de sim-